

LA
FIESTA.
SANDRA
SIEMENS

loqueleg

Roberta

Ni bien se enteró, me llamó. Él sabe bien que a mí no me gustan esas cosas pero también sabe que al final termino acompañándolo porque soy su amiga. Su única amiga.

Juan tiene un mecanismo bastante raro con las personas. Aunque él dice que es al revés, que son las personas las que lo ven raro y lo discriminan.

Yo no estoy tan segura. Quiero decir que no estoy tan segura de que todo el mundo sea así. Que hay muchos que lo discriminan, sí, es verdad. Igual, a él no le importa. “Acostúmbrate, Rober, el mundo está lleno de idiotas”, me dice siempre.

Lo que quiero decir es que conozco algunos chicos que yo pienso que son posta, pero que terminaron mal con Juan. Él consigue ponerlos de los pelos, y al final dicen la frase matadora: “Marica de mierda”.

Como la noche del “adoro”. Fue en el cumple de Maxi, ¿cuánto hace? ¿Dos meses? ¿Tres? Más o menos.

Llegamos juntos con Juan. Todo iba bien hasta que Juan, no sé por qué, empezó con eso. “Adoro tu casa”. “Adoro tu pelo”. “Adoro tu camisa”. Y cada vez que decía

“adoro” se movía como una anguila eléctrica y me parece que hasta aflautaba un poco la voz. “Adoré, adoré, adoré”.

No pude escuchar qué fue lo que dijo que había adorado porque yo estaba en la otra punta de la habitación. Desde ahí no alcanzaba a oír, pero veía toda la escena. Los cruces de miradas y las bocas de los chicos que ni siquiera disimulaban la risa.

Juan era como uno de esos pájaros que despliegan las plumas y muestran todos los colores y hacen todos los ruidos que conocen para cortejar a su pareja. Estaba actuando. No entiendo cómo no se daban cuenta de que Juan estaba actuando. Era tan evidente.

Cuando Juan le dijo a Maxi, “adoro el jean que te pusiste” y le rozó la pierna, Maxi lo agarró del cuello y le dijo la frase matadora: “No me toques, marica de mierda”. Y se terminó la fiesta para nosotros dos.

No le pregunté nada.

No sé si pasó algo para que Juan empezara con eso del “adoro”. Mientras caminábamos de vuelta por el medio de la calle, justo antes de llegar a la panadería de Forletti, que estaba abierta aunque todavía no había amanecido, se paró, me miró de verdad, bien de verdad, y me dijo: “¿Quieren mierda? ¡Les doy mierda!”.

Después abrió la puerta de la panadería y gritó:

“Don Aurelio... ¿ya salieron las medialunas?”.

Y no volvió a hablar en todo el camino hasta mi casa. Masticaba con esa lentitud que tiene, no sé, como si en vez de medialunas estuviera comiendo el manjar más exquisito del universo. Pero yo lo conozco y sé que estaba furioso.

Se me cruza por la cabeza una imagen, que seguro es estúpida. No sé. Es como si hubiera un jardín de cuchillos. En vez de margaritas, cuchillitos. Y él dale que anda buscando y buscando en el medio de las margaritas-cuchillitos hasta que encuentra uno para arrancar y clavaréelo en el pecho.

No sé. Tiene una manera de provocar todo el tiempo.

Lola siempre dice algo que no me acuerdo quién lo dijo: “Menos es más”. Yo estoy de acuerdo porque pienso que, si menos es más, entonces más es menos. Y eso es lo que pasa con Juan. Cuando está con otras personas es más. Siempre es más. Mucho más. Más. Más de todo. Una exageración. Cada vez más. Lo hace a propósito. Y yo siento que de esa manera consigue que no lo vean de verdad. Se esconde. Es como si se inventara una armadura de hojas, de plumas, de ruido, qué sé yo de qué. Y con esa armadura puesta, provoca. Ataca. Juan es un provocador.

Igual, no digo que esté mal, no me meto, ya con lo mío tengo bastante.

Lo que digo es que conmigo Juan es distinto que con los demás. Conmigo Juan no tiene que demostrar nada. No actúa. Es Juan. Y yo puedo verlo.

Lo que él les muestra a los otros no es el Juan verdadero, bah, al menos el Juan que yo conozco. Porque quién sabe. Quién sabe cómo es cada uno de verdad.

Cómo soy yo. Todos tienen una imagen de mí, pero ninguna soy yo. Algunos se acercan más, como Juan y Lola, me parece. Los demás ven a la Roberta que cada uno quiere ver.

Juan es todo lo contrario a lo que mostró en el cumple de Maxi.

Juan es callado, serio, con un sentido del humor que te mata. Dice las cosas más graciosas en el momento justo. A veces sigo durante días riéndome de algo que dijo. Y no es que sea chistoso como Andrés, que se pasa el día haciendo de payaso. Nada que ver. Juan tiene otro tipo de humor. Más inteligente.

Este último año Juan se estiró como un espagueti. Me lleva casi dos cabezas. Tiene el pelo rapado en la nuca y el flequillo largo. Negro, negrísimo, igual que los ojos.

—¿Siempre lo mismo? ¿Por qué no vas solo?

—Dale, nena.

—¿Te das cuenta de que son las seis de la mañana, Chifle?

—Estoy afuera de tu casa, no tardes.

Nunca le digo Juan. Le digo Chifle por chiflado. Le digo que no está bien de la cabeza.

Me cepillo los dientes. Abro apenas la canilla del baño para que no haga ruido y junto el agua con las dos manos para enjuagarme la boca. Ni me peino. Saco la bici del garaje.

—Dale, nena.

Cuando me avisa me tengo que apurar para no llegar tarde. Lo sigo en silencio porque todavía no termino de despertarme. Cruzamos la plaza. No hay ni un alma en el pueblo.

Cuando llegamos a la esquina de la carpintería de Ruiz, vemos que hay movimiento. Los vecinos están

afuera. Y en el portón de al lado se junta más gente todavía. Detrás del portón hay una casita amarilla que no sé quién vive. Yo pensé que estaba abandonada.

Juan apoya la bici en el fresno de la vereda de la carpintería, que no tiene hojas porque está apeestado, se lo está comiendo un hongo. Yo hago lo mismo.

Juan me agarra de la mano y me va llevando entre la gente. Nadie nos para. Nadie nos pregunta ni una palabra.

Cruzamos el portón y ahí, en el patio delantero, está el cuerpo colgando de una rama de otro fresno que está lleno de hojas.

Yo me miro los pies. No la miro, porque no me gustan esas cosas. Sin embargo podría jurar que escucho el ruido del vestido que flamea como una bandera. Imposible. Sé que no puede flamear como una bandera porque no hay viento. Ni una gota. ¿Será que tiene medias y el vestido le roza las medias y hace el ruido que yo escucho? No. Tampoco. No creo que tenga medias. Hace calor. Bueno, hacía calor para ella, antes, claro. Tiene un solo zapato, eso sí, eso lo alcancé a ver antes de dejar de mirar.

—¿Vamos, Chifle?

—Esperá.

Juan sí mira. Siempre hace lo mismo. Mira con una seriedad y una concentración que a mí no me entran en la cabeza.

Deja los brazos colgando al lado del cuerpo y no mueve ni un músculo. Nada. Como si se volara de su cuerpo. La cara de piedra. Lo único que se le mueve son los ojos. Mira. Mira. Mira. Mira todo como un detective. Como si

fuera importante no perderse detalle. Si pudiera sacaría fotos con el celu, pero no puede. Hoy no puede. Algunas veces lo hizo. Sacó fotos. Y después encima pretende que yo las mire. Yo lo escucho. Hasta ahí. Escucho lo que me explica. No miro porque no me gustan esas cosas.

El hermano de Juan es bombero voluntario. Por eso Juan se entera antes que nadie cuando ocurre algo. Al hermano de Juan lo enfurece que Juan haga lo que hace. Y se cuida mucho para que no se entere. Igual, Juan se entera. No sé cómo. Tiene un sistema que no me contó ni siquiera a mí, que soy su mejor amiga, pero se entera. Intercepta los llamados del cuartel.

El hermano de Juan se llama Eugenio y es más grande que él. Está terminando el secundario. También es grande para terminar el secundario. No es como Juan, le cuesta estudiar. Dice que después va a hacer un curso de plomero y gasista porque deja mucha plata.

Eugenio le pidió mil veces a Yáñez que no lo lleve a trabajar a Juan. Que no le hace bien. Que después tiene ideas raras. Y Yáñez cuando puede no lo lleva, pero a veces lo necesita y Juan tiene que ir.

Yáñez tiene una empresa de pompas fúnebres. Antes tenía un empleado, ahora, desde hace algunos años, trabaja solo con sus dos hijos, Juan y Eugenio.

Cuando Juan se entera de algo, me llama enseguida.

A él no le interesan todos los muertos. Solo las muertes violentas. Los accidentes, los suicidios, los asesinatos. Asesinatos hay pocos en el pueblo. Fuimos a uno solo. Hace unos años un hermano le disparó con la escopeta a otro.

No sé qué hace. Investiga algo, creo. Yo le digo que está mal de la cabeza.

Igual me parece que en general todo el mundo está bastante mal de la cabeza, porque siempre que lo acompaño a Juan hay gente mirando. La gente se queda y mira. Se amontona y se queda mirando, vaya a saber qué.

¿Y cuando pasa algo en la ruta? ¿Y la gente sale con su propio auto o su moto para ir hasta el lugar y ver el accidente?

Cada vez que pasa algo tenemos que apurarnos para llegar antes que los bomberos porque cuando ellos llegan, sacan a la gente y a veces hacen un cordón y no dejan pasar a nadie. Juan tiene calculado el tiempo exacto que tenemos entre el momento en que suena la sirena y la llegada de los bomberos.

La última vez a Eugenio le dieron una sanción porque se agarró a piñas con un compañero del cuartel que dijo algo sobre Juan.

—La próxima, si te veo en el lugar, yo mismo te cago a piñas, ¿entendiste?

Juan no entiende.

Sabe que esta vez Eugenio se va a quedar en el cuartel y está mirando hasta último momento. Igual es lo mismo porque, si lo ven ahí, se lo van a contar a Eugenio.

Yo lo miro y me parece que su cuerpo flaco y largo como un espagueti se balancea igual que el cuerpo de la mujer que cuelga del fresno. Sí, sí, se balancea. Eso hace Juan. Como el loro de mi vecino Ángel, que copia lo que le decís.

No sé por qué se balancea la muerta que cuelga del árbol, porque no hay ni una gota de viento. A lo mejor alguien pasó cerca y la tocó y por eso se balancea.

Tampoco sé si Juan es consciente de que él se balancea. Yo, que lo miro, sí me doy cuenta. Su cuerpo está copiando el movimiento del cuerpo de la muerta que cuelga del árbol.

Juan dice que cuando termine el colegio va a estudiar medicina forense. Ya me explicó todo miles de veces. Es una especialización de la medicina y dice que no hay muchos buenos forenses en el país. Bah, dice que ni siquiera hay muchos forenses.

Los fines de semana casi siempre nos encerramos a mirar series policiales. Sobre todo las que tienen eso que a él le gusta.

—¿Vamos, Chifle?

Juan no me contesta. Es como si estuviera en trance. Cada vez va llegando más gente y algunos del barrio consuelan al tipo que parece que es o fue el marido. Yo nunca lo había visto.

Escucho a dos vecinas que hablan detrás de nosotros. Una dice que adentro de la casa amarilla hay dos pibitas, que son las hijas de la mujer y del tipo. Dicen que el tipo es remisero y que habían venido de Buenos Aires hacía menos de tres meses. Cuando una de ellas dice eso, me doy vuelta y veo el auto, un Corsa azul oscuro, hecho pelota.

—¡La almóndiga! —le doy un codazo a Juan.

Juan ni se mosquea. No, no es que me parece a mí, Juan está en otro planeta. Ya me empiezo a poner nerviosa. Me

quiero ir. Lo miro a Juan. Tiene el perfil más hermoso que vi en mi vida.

Me encantaría saber qué hay, cómo se mueve lo que tiene adentro de la cabeza. A veces creo que algo de lo que piensa se le ve en los ojos. Lo miro y me parece que capto lo que está pensando. Me gusta creer que puedo adivinar lo que está pensando, porque lo conozco, porque soy su mejor amiga, pero después me doy cuenta de que no. Que no tengo ni idea de lo que piensa Juan, que ni siquiera me acerco.

Juan es brillante. Es el tipo más inteligente que conozco. No le importa el colegio. Sabe más que los profes. Y a veces, cuando tiene ganas, los hace transpirar, les pregunta cosas, más que nada a la de Química y al de Historia.

Juan dice que el de Historia es un pelotudo a cuerda. Los demás relajamos cuando Juan empieza con sus preguntas o cuando lo desmiente y le dice que lo que está diciendo es imposible por esto, por esto y por aquello. Cuando Juan se pone así, tenemos la hora de arriba.

El de Historia, que no sé si será un pelotudo como dice Juan, pero es un petiso amargo, se pone rojo y se aprieta con dos dedos el nacimiento de la nariz, como si apretando el hueso se le activaran los pensamientos. Y termina siempre igual: “Le busco el dato para la próxima, Yáñez”. Y antes de cerrar la puerta: “Qué raro, Yáñez, que en las evaluaciones usted no sea tan brillante como aparenta ser, ¿no?”.

Juan es brillante. Yo le dije mil veces que se haga un test para medir el coeficiente intelectual. Para mí es un

genio. Si quisiera, sacaría diez en todas las materias. No quiere. Se equivoca a propósito para sacar siete. Cuenta con precisión los errores para que la nota sea siete.

—Vamos, Chifle, ya está.

Juan me mira y sonrío. Me agarra la mano y salimos del medio del gentío que se va arrimando, mientras por la esquina dobla la unidad de rescate de los bomberos y se escucha la otra sirena, la de la ambulancia.

Juan camina como un modelo. O como una modelo, mejor dicho. Aprieta el culo y da los pasos largos y cerrados. Sus piernas flacas se cruzan, como si caminara pisando una línea imaginaria. Igual que las modelos en las pasarelas. La gente lo mira y a él le encanta que lo miren. Me lleva de la mano, alto, flaco, con su flequillo negro, peinado de costado casi hasta el pómulo izquierdo. Más que llevarme de la mano, me arrastra. La mirada al frente, la cabeza alta, las piernas de alta costura. Juan es elegante. Mucho. A veces pienso que los que aparecen en las revistas, esos de las familias reales europeas o los de la farándula, no le llegan ni a los tobillos a Juan.

Cuando agarramos las bicis, le vuelvo a mostrar el Corsa azul.

—La almóndiga —cae por fin, Juan.

Lo había contado el Tuti la semana anterior. Él venía cruzando la calle del ferrocarril y el tipo del Corsita que nadie sabía quién era, dobló como venía y con el espejo lo enganchó al Tuti en la bici. Como el tipo ni siquiera paró, el Tuti le gritó: “¡Boludo, adónde vas con esa almóndiga!”. Igual el tipo nada, chau.

—Capaz que miró por el retrovisor —dije yo— y, como vio que habías recuperado el equilibrio, no paró.

—¡Andá! —me dijo el Tuti.

A mí un poco se me escapó la risa cuando el Tuti dijo “almóndiga”, pero Juan lo escuchaba tan serio que no dije nada. No sé qué le ve Juan al Tuti. Cuando el Tuti habla, Juan lo escucha. Lo escucha de verdad, no como al resto del curso.

“Almóndiga”, dijo Juan después de que el Tuti se fue. Lo dijo sin ningún tono. Estaba parado detrás de mí. Me apretó los hombros. A veces me hace masajes en los hombros. Esta vez me los apretó, suave, y dijo “almóndiga”, como si hablara solo. Lo dijo para que yo supiera que él notaba lo mal que hablaba el Tuti. Nada más que eso.

Nos subimos a las bicis y pedaleamos en silencio. Cuando llegamos a mi casa le pregunto si va a ir a la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—La fiesta, Chifle.

Tarda un rato en ajustar las coordenadas, porque, para las cosas que no le interesan, Juan puede ser el más colgado del universo. Me había dicho que iba a ir. Que bueno, que, si yo iba, él iba. Y para mí era un poco lo mismo. Si él iba, yo iba.

—Creo que sí. Lo vemos, ¿dale?

—¿Te toca muñequito de torta?

—Supongo...

Cuando trabaja con el padre, Juan tiene que ponerse un traje negro y zapatos y corbata negra. Dice que parece un muñequito de torta. Y tiene que estar todo el tiempo que

dure el velatorio y el entierro, por si la familia del muerto necesita algo. Y siempre la familia necesita algo.

Como la empresa de Yañez es la única del pueblo, seguro que Juan tiene que trabajar esta tarde en el velorio de esta muerta.

Juan dice que hay de todo, que hay gente que quiere un velorio rápido y otra que se pasaría cinco días velando a un muerto.

Pero bueno, igual, lo más probable es que, si la velan desde la mañana, la lleven al cementerio a la tarde, a más tardar a las seis, así que casi seguro Juan va a poder ir a la fiesta.

—Más tarde hablamos —dice y se pone la mano en la oreja como si fuera un teléfono.

Juan sigue viaje. Yo apoyo la bici contra la pared de mi casa y entro justo cuando sale mi viejo, que escuchó la sirena.

—¿Qué habrá pasado?

—Ni idea —le digo.

Y se olvida de preguntarme de dónde vengo porque va caminando despacio hacia la casa de Ángel, que también salió a la vereda y pregunta.

—¿Qué habrá pasado?